

Gilles Gressani

Israel y Gaza en la guerra extendida, una conversación con Gérard Araud

Le Grand Continent, 9 de octubre de 2023.

Gérard Araud — Embajador de Francia en Israel y Estados Unidos y Representante Permanente de Francia ante las Naciones Unidas, el diplomático francés Gérard Araud es quizá una de las personas mejor situadas para comprender la complejidad de la cuestión abierta por el atentado de Hamás del sábado. Lo entrevistamos para pedirle su análisis de la guerra de Sucot.

¿De dónde parte usted para comprender el «gran contexto» de la guerra de Sucot?

Las emociones están a flor de piel y es difícil dar un paso atrás, pero los atentados de ayer forman parte de una larga serie de episodios. Olvidamos demasiado rápido que, durante más de una década, hemos estado viendo este tipo de estallidos de violencia en torno a Gaza casi cada cuatro años.

Hubo la guerra de Gaza de 2008 en respuesta a los ataques de Hamás, con una ofensiva terrestre en 2009; la Operación Margen Protector lanzada en julio de 2014 en respuesta a la toma de rehenes y el asesinato de tres jóvenes israelíes en Cisjordania; los enfrentamientos entre Gaza e Israel en noviembre de 2018, que se resolvieron más o menos con un alto al fuego acordado con mediación egipcia; un importante brote de violencia en mayo de 2021; y ahora los ataques del 7 de octubre de 2023.

Se ha establecido así una especie de trágica regularidad: un ataque más o menos efectivo de Hamás; una respuesta de mano dura de los israelíes y luego, pasado un tiempo, la mediación, normalmente de Egipto, para negociar un alto al fuego hasta el siguiente estallido.

¿De dónde viene esa regularidad?

Gaza es, me atrevería a decir, una olla a presión, por dos razones. En primer lugar, están las condiciones humanitarias de Gaza, donde viven dos millones de personas en una superficie de 365 kilómetros cuadrados, en un entorno difícil, sin posibilidad de salir porque están sometidos a un doble bloqueo: israelí, por supuesto, pero también -lo olvidamos con demasiada frecuencia- egipcio. Además, están dirigidos por Hamás, una organización que preconiza la lucha armada y organiza atentados cada tres, cuatro o cinco años.

¿No ve una diferencia cualitativa en esta secuencia?

La diferencia hoy no está tanto en la operación en sí, sino en su sofisticación y en su innegable éxito táctico. De ahí procede el increíble choque psicológico infligido a Israel. Estamos hablando de al menos 600 muertos para una población de nueve millones. Eso es cinco o seis veces más que el 11-S en términos porcentuales. Con imágenes extremas: terroristas de Hamás caminando libremente por las calles para matar, con un gobierno desprevenido y aparentemente impotente.

La Operación Diluvio de Al-Aqsa también parece orientada a la toma de rehenes a gran escala: se cree que actualmente hay casi 200 rehenes en Gaza.

Se trata, en efecto, de un aspecto esencial. Si no se ha vivido en Israel, es difícil comprender la importancia de la toma de rehenes. Para cualquier país sería algo sin precedentes, pero en Israel existe una especie de dogma absoluto en el corazón del pacto social: hay que hacer todo lo posible para preservar la vida de cada ciudadano. En el pasado, los israelíes han liberado a cientos de prisioneros, no sólo para recuperar a un soldado, sino a veces incluso para recuperar los restos de un soldado.

El hecho de que haya 200 rehenes israelíes en Gaza es un acontecimiento perturbador y sin precedentes. Pero la toma de rehenes no sólo hará aún más duro el trauma israelí de esta guerra, sino que planteará al ejército un dilema: tendrá que decidir si pone en peligro la vida de los rehenes, que sin duda serán utilizados como escudos humanos en toda la Franja de Gaza.

Entonces, ¿la guerra de Sucot representa un momento de crisis existencial para Israel?

Sí, absolutamente.

Pasemos a la escala regional. ¿Cree que existe el riesgo de que la guerra se extienda?

Partamos de una observación que puede parecer paradójica. Israel mantiene excelentes relaciones con todos sus vecinos árabes. El único epicentro desde el que podría extenderse la guerra en estos momentos sería el Líbano de Hezbolá. De momento, sin embargo, su posición es más bien de escabullirse. Es cierto que Hezbolá hizo ayer una declaración de apoyo justo después del ataque y que esta mañana ha disparado varios cohetes, pero en el fondo todo parece hecho para demostrar a los israelíes que Hezbolá no quiere implicarse. Tomemos como ejemplo los disparos: el objetivo no era territorio israelí, sino [una zona en disputa de Har Dov, o Granjas de Shebaa, en la frontera norte de Israel](#). En cuanto a su declaración, tuvo un aire de «teatro kabuki». Se grita, pero no se va más allá.

¿No cree que su postura podría cambiar?

Sí, por supuesto, sin duda podría cambiar en los próximos días. Si los combates continúan, si Al Jazeera informa cada mañana de numerosas bajas, la presión de la opinión pública será más intensa, y no sólo en Líbano. Pero por el momento no veo ningún riesgo de que la guerra se extienda al resto de la región.

Si trazamos los posicionamientos de los países árabes y musulmanes, vemos una especie de ambigüedad estratégica, una neutralidad en espera. ¿Qué opina de esto?

Los países árabes están muy desconcertados. Por un lado, es evidente que sus dirigentes tienen una gran enemistad con Hamás, que es una amenaza porque es un partido a la vez popular e islamista. Por otro lado, están inmersos en un proceso de acercamiento a Israel. Pero su opinión pública es abrumadoramente propalestina y actualmente se regocijan por el rotundo éxito de la Operación Diluvio de Al-Aqsa. La mayoría de ellos son regímenes autoritarios, pero aún tienen que hacer frente a las tendencias estructurantes de su opinión pública. De ahí su actitud a menudo expectante.

Arabia Saudita parece ser el país que encarna más claramente esta ambigüedad.

Básicamente, los saudíes no tienen ningún problema en trabajar con los israelíes. En primer lugar, porque, como todas las monarquías del Golfo, muestran la mayor indiferencia hacia la causa palestina. Y en segundo lugar, porque la base de las

relaciones internacionales es que «el enemigo de mi enemigo es mi amigo». El enemigo común de Israel y Arabia Saudita es Irán. Se han forjado relaciones. Desde hace al menos una década, si no están casados, ya se acuestan juntos...

¿La cuestión religiosa no sigue siendo delicada? El nombre elegido por Hamás para la operación (Diluvio de Al-Aqsa) hace referencia directa a la mezquita de Jerusalén, y se han producido varias oleadas de indignación en el mundo árabe y musulmán por la presencia de la extrema derecha bajo la protección de las fuerzas israelíes en el emplazamiento de la mezquita.

Este es un aspecto que hace que la relación entre Israel y Arabia Saudita sea más difícil que con Emiratos Árabes Unidos. La monarquía saudí pretende demostrar su legitimidad como guardiana de los lugares santos. Sin embargo, el tercer lugar más sagrado del Islam es Jerusalén, donde actualmente hay un gobierno israelí de extrema derecha, en el que incluso algunos elementos radicales piden que se reconstruya el Templo. Para Arabia Saudita, esto supone un delicado desafío, por lo que puede exigir un alto precio por su apoyo o reconocimiento.

En este sentido, Arabia Saudita parecía estar inmersa en la negociación de un megaacuerdo con la administración de Biden que supuestamente ofrecía una solución a largo plazo para la cuestión palestina a cambio de tecnologías nucleares y fuertes garantías de seguridad. Algunos creen incluso que la operación de Hamás -que parece haber contado con apoyo iraní- estaba diseñada para hacer imposible el acuerdo. ¿Es ésta su opinión?

Desde hace varios meses, la administración de Biden trabaja en un plan para prorrogar los Acuerdos de Abraham, que fueron el gran éxito diplomático de la administración de Trump. Aunque ya implican a Israel, Marruecos, Bahréin y Emiratos Árabes Unidos, el objetivo es extenderlos al principal país del Golfo, Arabia Saudita. Sería una ruptura histórica. Por lo tanto, es comprensible que Hamás e Irán tengan un profundo interés en descarrilar este asunto. Y ni que decir tiene que el atentado de Hamás plantea dificultades probablemente insuperables: si hay muchas víctimas civiles palestinas, los saudíes no podrán seguir adelante con su acercamiento a Israel.

¿Se trata de un nuevo fracaso de la administración de Biden en Medio Oriente?

En mi opinión, lo sorprendente es que Estados Unidos se haya colocado en una posición pasiva, insistiendo en la negociación de un acuerdo formal, cuando la relación entre Arabia Saudita e Israel iba por buen camino.

¿Cómo se explica esto?

No tengo una respuesta clara. Cuando no tienes una respuesta en política exterior, dices que se debe a la política interior. Y de hecho la administración de Biden entra en una difícil campaña electoral en la que necesita demostrar que tiene un mejor historial que Trump en Medio Oriente. El megaacuerdo habría sido mejor que los Acuerdos de Abraham.

También habría otra hipótesis. Medio Oriente es menos vital para Estados Unidos, que es más que autosuficiente en términos de energía y ya no considera -con razón- que la existencia de Israel esté amenazada por actores internacionales. Sin embargo, Medio Oriente sigue teniendo una importancia estratégica en el contexto de la gran rivalidad que se está desarrollando entre Estados Unidos y China. Por tanto, puede preocuparles el avance de China en la región, gracias a su capacidad para establecer relaciones clientelares sin imponer condiciones morales. Por tanto, el megaacuerdo con los saudíes podría verse como una reacción de Estados Unidos al ascenso de China al poder.

¿Cómo ha entendido la postura de Irán? Es el único país que ha apoyado el ataque desde el principio, llegando incluso a declarar que había ayudado a organizarlo...

La República Islámica de Irán se encuentra en cierto modo en la posición del Directorio de la Primera República en Francia. El reto a partir del tercer año de la Revolución fue mantener una base ideológica y justificar sus acciones sobre esa base. En aquella época, en Francia, algunos sacerdotes fueron desgraciadamente enviados a la guillotina, o incluso a lo que se conocía como la «guillotina seca», es decir, a Cayena. Era una forma de demostrar que las instituciones, en sus esfuerzos por estabilizarse, seguían siendo fieles a su compromiso revolucionario. La República Islámica de Irán se encuentra en una dinámica similar. Necesita una justificación ideológica constante, nombrando y avergonzando al Gran Satán (Estados Unidos) y al Pequeño Satán (Israel).

Dicho esto, es importante subrayar que los verdaderos enemigos de Irán no son ni Estados Unidos ni Israel: son los países árabes del Golfo. Y apoyar a Hamás significa avergonzar a las monarquías árabes del Golfo, que desprecian un movimiento que pretende ser a la vez democrático e islamista. Saben muy bien lo que piensa la opinión pública árabe. Y como hemos dicho, también existe el deseo de intentar desbaratar la formación de esa especie de alianza árabe-israelí en función antiiraní.

En última instancia, el juego de Irán es sutil. No hay que subestimar a los iraníes, que financian a Hamás y que pueden haber sido consultados por Hamás para preparar el atentado. Al mismo tiempo, hay que tener en cuenta la capacidad de decisión de Hamás, como la de Hezbolá, que no son simples instrumentos de los servicios iraníes. Tienen su propia agenda. Por el momento, Irán se contenta con una retórica vehemente, pero también parece evitar cruzar una línea que podría resultar peligrosa.

En este momento, ¿cuáles son los riesgos de una extensión de la conflagración que implicaría directamente a la República Islámica de Irán en la guerra de Sucot?

Mientras Hezbolá no intervenga, significa que Irán no desea llevar las hostilidades demasiado lejos. De hecho, si Hezbolá interviniera, habría un gran riesgo de que Israel golpeará directamente a Irán. Se calcula que, en tal escenario, dados los miles de cohetes que Hezbolá posee, podría alcanzar el tercio norte de Israel, incluida Haifa, como pude comprobar durante mi etapa como embajador en 2006, cuando Haifa estaba siendo bombardeada. Una situación así sería difícil de tolerar para Israel, que podría entonces plantearse una acción directa contra Irán, con el apoyo implícito de los países árabes.

Pasemos a la escala mundial. [El mapa de reacciones a la guerra de Sucot](#) muestra una analogía con el mapa de reacciones a la guerra de Ucrania. Por un lado, vemos un Occidente muy unido, demostrando una solidaridad inequívoca con Israel y una condena clara a Hamás. Por otro, vemos que el apoyo explícito al ataque sigue siendo minoritario, con menos países de los esperados incluso en el mundo árabe y musulmán que apoyan a Hamás. Entre ambos, como en la guerra de Ucrania, encontramos a los BRICS +, de Brasil a China, con la notable excepción esta vez de India, que parecen adoptar una posición de neutralidad estratégica. ¿Cómo explica este isomorfismo?

Permítame empezar diciendo que comparto la indignación por lo ocurrido en el sur de Israel. Al mismo tiempo, observo el silencio absoluto de Occidente ante la escalada de violencia perpetrada por los colonos a costa de los palestinos. Como antiguo embajador de Francia en Israel, he seguido de cerca lo que ocurre desde hace varios meses en los territorios ocupados de Cisjordania. Asistimos a un claro recrudecimiento de la violencia. El gobierno de Netanyahu se hace de la vista gorda e incluso apoya a los

colonos más extremistas, lo cual suscita una acusación fundada de doble rasero. Por supuesto, yo no diría eso en la televisión ni en el radio, porque en la actual atmósfera de emoción -una emoción que es totalmente legítima y que comparto- se me acusaría inmediatamente de justificar lo injustificable.

¿Cree que hay que tener en cuenta esta acusación para comprender la distancia que separa a Occidente del resto del mundo?

El resto del mundo -yo lo sentí especialmente cuando estuve en Naciones Unidas- nos acusa constantemente de aplicar un doble rasero. La lista de ejemplos es larga: la invasión de Irak, la guerra de Yemen... Pero en el centro de esta dimensión está siempre la cuestión palestina, que muchos países de la región y del resto del mundo perciben como una prueba de nuestra parcialidad. Así que, para esos países, lo que está ocurriendo hoy es trágico, pero recuerdan que no nos conmovíamos tanto cuando se disparaba a la cabeza a niños o adolescentes en Cisjordania.

¿Cómo explica la postura de India?

Hay un elemento que refuerza en cierto modo la posición de Occidente, y es que muchos países consideran que el terrorismo islámico es su principal enemigo. India no es una excepción. En este mundo, cada país defiende sus propios intereses, lo que explica las muestras de solidaridad de India con Israel.

¿Qué papel desempeña Rusia en esta secuencia?

En primer lugar, es importante subrayar que las relaciones entre Israel y Rusia son excelentes. Las facilita principalmente la comunidad rusa en Israel -que conozco bien-, con más de un millón de rusos, entre ellos muchos oligarcas que viajan entre Moscú y Tel Aviv sin ningún problema. Israel mantiene una postura más bien tibia hacia Ucrania, e incluso podría decirse que adopta una cierta neutralidad. De hecho, Israel apoya menos a Ucrania que Turquía, por ejemplo.

Israel trata de mantener relaciones con ambas partes. Así que no veo por qué Rusia tendría un interés real en estar detrás de este asunto. De hecho, Israel tiene capacidad para perjudicar a Rusia, sobre todo por su poderosa industria armamentística, y podría cortar las relaciones.

No debemos sobrestimar el poder de los rusos. Navegan según las oportunidades, como podemos ver en África. En esta situación, tienen una oportunidad de oro que podría acercarlos al mundo árabe en su conjunto. En mi opinión, explotarán esta oportunidad con fines propagandísticos. También podrán criticar a Occidente en una guerra que desvía la atención de Ucrania. Sin embargo, no creo que Rusia esté desempeñando un papel importante en esto, a pesar de las especulaciones.

¿Es posible una salida negociada a esta guerra?

Para negociar hacen falta dos personas sentadas a la mesa. Ninguna de las dos está dispuesta o es capaz de hacerlo.

Dejé mi puesto de embajador de Francia en Israel hace casi 20 años. Recuerdo que era extraordinariamente pesimista sobre las perspectivas de una salida negociada: veía la brutalización de la ocupación, la toxicidad de la religión, el colapso de la izquierda. Hoy, por desgracia, los peores escenarios se han hecho realidad.

El gobierno de extrema derecha de Israel está decidido a anexionarse Cisjordania. Es un hecho. Y, sin embargo, nadie puede creer que, con las imágenes de las atrocidades cometidas por Hamás, la opinión pública israelí vaya a exigir mañana concesiones a los palestinos.

Por parte israelí, no hay nadie que negocie. Hoy, la izquierda ha desaparecido físicamente de la Knesset. Del lado palestino, tenemos una autoridad totalmente desacreditada con un anciano de 88 años a la cabeza y una administración que se ha convertido prácticamente en un anexo de los servicios israelíes.

Sinceramente, si mañana hubiera elecciones en Cisjordania, probablemente ganaría Hamás, no porque los habitantes de Cisjordania sean islamistas, sino porque están hartos de esta autoridad palestina.

En cuanto a Hamás, personalmente creo que cometimos un error estratégico, sobre todo los franceses, al negarnos a hablar con ellos en 2006. Geográfica y políticamente, Hamás se ha encerrado en una política de negativa absoluta a negociar y de apoyo incondicional a la violencia armada, al tiempo que es financiada y armada por Irán.

¿Así que no se puede detener la espiral de violencia?

Estoy convencido de que, a pesar de la emoción actual y de las investigaciones que se llevarán a cabo para establecer quién es el responsable del increíble fallo de inteligencia estratégica de Israel, la situación volverá básicamente a la normalidad.

Estados Unidos está entrando en campaña electoral, y durante ese periodo no tratará de negociar. La comunidad internacional también está dividida, sobre todo por la guerra de Ucrania y la rivalidad entre Estados Unidos y China.

Los europeos, por su parte, se ven impotentes para resolver el conflicto. Por desgracia, mi predicción es que, tras este estallido de violencia y emoción, volveremos a la situación anterior. El statu quo, a fin de cuentas, parece cómodo para todas las partes. Los palestinos pierden, Israel gana, y cada tres, cuatro o cinco años asistimos a crisis similares, espectaculares pero que no ponen en entredicho la paz mundial, por decirlo cínicamente.

Una vez más, vemos que la Unión Europea parece carecer tanto de autonomía de análisis como de una visión geopolítica de una zona que le concierne directamente: el Mediterráneo. En su opinión, ¿cuál sería la posición más coherente que podríamos intentar articular en Europa?

Voy a sorprenderlo, voy a adoptar una posición moral. La posición que yo consideraría digna para nosotros los europeos, al salir de esta crisis concreta, sería defender los derechos de los palestinos en Cisjordania. Creo que lo que está ocurriendo allí es totalmente indigno. En Cisjordania asistimos a una situación de apartheid, en la que dos poblaciones viven en la misma tierra, con derechos absolutamente desiguales. En nombre de nuestros intereses y nuestros valores, podríamos al menos alzar la voz sobre esa cuestión. Esta podría ser una forma de responder a la acusación de doble rasero. Dado que los árabes se preocupan poco por la causa palestina y que los estadounidenses no toman ninguna iniciativa para relanzar el proceso de paz, podríamos considerar la posibilidad de restringir las exportaciones de Cisjordania israelí a la Unión Europea. Llegará el momento de hablar más alto para proteger los derechos de los palestinos.